EL FRÍO DE ATACAMA

Joaquin GeDe

Image not found.

Capítulo 1

“Aquel año se presentó el invierno en San Pedro de Atacama de improviso, por debajo de la rendija del pueblo. A todos había sorprendido la helada cuando tuvieron un otoño que por el día el calor era insoportable y hasta las piedras se ponían a la sombra. Pero ese año fue terrible la llegada del frío, un frío de verdad. Por las noches helaba tanto que notabas como la sangre se congelaba en tus venas y se escuchaba crujir al siniestro, desolado y gélido desierto. En las madrugadas los acatarrados faroles de gas amanecían con esos carámbanos que asemejaban mocos colgantes.

Esa mañana, Florido, afuerino con 20 años de residencia y encargado de La Gacetilla, extrañado que no sonaran las campanas de las ocho, al abrir la ventana de su cuartuco contempló el campanario de la iglesia cubierto de hielo. El panorama era glacial: La antigua iglesia colonial que siempre había parecido una tarta de nata, ahora era un iceberg. Hasta el canto del gallo se había helado. Era extraño que el señor sacristán no fuera puntual con su llamada dominical a la feligresía. Después se enteró que no pudo acudir a impartir misa como religiosamente solía hacer a diario por encontrarse la sotana tan estirada y de cartón piedra que era imposible su vestidura. Al salir en busca del sacristán, para su sorpresa, vio al sereno petrificado en una postura forzada intentando apagar la llama congelada del farol de gas de la esquina de la oficina de correos. Estaba inerte, como una estatua, compadritos. Inmediatamente, Florido se puso en el télex y envió el siguiente mensaje: “Se han congelado hasta las llamas. San Pedro de Atacama”. Al poco, el pueblo polar se convirtió en un ir y venir de gente: biólogos para el estudio de los artiodáctilos, carniceros especuladores para comprar carne de llama a precio congelado, científicos del cuarto milenio, vendedores de líquido anticongelante; cuando el único que tenía coche era el alcalde. El barullo fue tan grande, que nadie se acordó del pobre sereno congelado, allí, en esa esquina perdida, mirando al desierto como si estuviera en un duermevela. La noticia le llegó al alcalde a través de la mujer del sereno: Serena. Alarmado El alcalde por tener allí la prensa extranjera e hicieran leña del árbol caído, para salir de tal negligencia, no sea que le dijeran lo miserable que era, que el ayuntamiento no se gastaba un peso en un abrigo para su sereno municipal, convocó consejo extraordinario, a pesar del frío, y trataron de resolver que hacer con un sereno hielificado. Para salir del paso a Don Glicólico, concejal de sanidad y dermatólogo, se le ocurrió colocar una placa al pie del sereno hibernado que dijera: “Al sereno en reconocimiento en acto de servicio. El Pleno del Ayuntamiento.” Y a su señora Serena una paga completa mientras su esposo estuviera en ese estado, a la espera del cambio de tiempo glacial. Ese año no llegó el verano y el sereno congelado sirvió de atracción turística a los foráneos que se acercaban hasta el lugar. Serena, que se encontraba en cinta, dijo que no daría a luz a su hijo hasta que no se descongelara su marido, que su hijo al nacer no

podía ver así a su padre. Así que el sacristán, por encargo del alcalde, se puso a celebrar novenas y procesiones para pedir a todos los santos que cambiara el tiempo. Con tantos rezos y peticiones, al final llegó el viento caliente de Atacama y el sereno se descongeló a tiempo para ver nacer a su hijo.